La trampa y el abismo que tiende la palabra

Reseña aparecida en la Revista *Vanguardia*, 131 (Quito), 1 – 7 abril 2008: 48.

Las tensiones de la conciencia, el deseo sublimado, la búsqueda de sentido para la existencia y la palabra; sobre todo la palabra como trampa, envuelven a Raúl Vallejo en su nuevo texto. *Missa solemnis* es un intenso ejercicio de poseía mística en el cual, más allá de los pretextos de fe o los referentes judeocristianos, se desnuda el temor y el temblor de cada individuo visto hacia el vacío de sí mismo.

En cada título, no son la cruz, la sangre o el fuego los símbolos del martirio. Las luchas de los varios yo en el silencio y la soledad son los verdaderos verdugos de este rito verbal de depuración. De allí la imagen del título: *missa*. Y el sentido de esa búsqueda: solemne, con todos aquellos yo en pugna.

En esta lectura, por la música y el poder fotográfico de los versos, son clave textos como el canto 5 del Stabat Mater "Al hijo lo niegan hasta las piedras / lecho sobre el que se imaginó construir / morada para los que aun aguardan multiplicación / de panes y peces". También el canto del Agnus Dei: "Desfallezco sin ti, Señor, hambriento / sediento paria que yerra en el mundo /apiádate de mi, tu indigno anfitrión…

Y finalmente, el "no nos dejes caer en tentación" del Padrenuestro: "Y nuestra ansia de gloria nos consume la luz / y nuestro poder de todos los días nos regocija en vano / y solo somos transeúntes del mundo y su oropel..."

Desde esta línea se desarrolla otra deriva de la poesía mística de Vallejo: el poder nominador, y por ello, persuasivo, de la palabra. La palabra como sustrato de lo creado. Y allí se avizora la trampa de la palabra entre el decir y lo dicho: entre la acción creadora y su objeto sin sustancia. La palabra como gatillo de un maravillamiento ante un todo que, por inasible e inaprehensible, deviene en la nada. Una *Missa solemnis* sobre la arbitrariedad del lenguaje y la fe en él. Aunque también una catarsis colectiva acerca de los límites del verbo ante sentidos íntimos. Del verbo que nunca se hará carne. Del deseo no expresado que siempre debe mantenerse en latencia para conservar su curso provocador: destructor-reconstructor.

Vallejo entra con buen pie al abismo de la poesía mística En la dedicatoria, este poemario va por su madre. Así el autor deja a un lado las máscaras de la palabra, la del decir y la de lo dicho e invita al lector a un diálogo íntimo, conmovedor y, a ratos, hasta incómodo. De ese riesgo sale indemne por el rigor, la precisión y el aire sugestivo de su escritura.